

ladas; nadie se atrevía á viajar por aquellas regiones, y los pocos que lograban escapar de las garras de los asesinos, regresaban aterrorizados á la ciudad.

Largo tiempo continuaron las cosas de este modo, sin que persona alguna lograra descubrir quién fuese el jefe de la



Esclava

gavilla, cuando un negociante rifeño, asaltado cierta noche, reconoció á la luz de la luna al joven Arusi entre los que le estaban desbalijando, y llevando la nueva á Tánger, difundióse ésta rápidamente por todas las regiones del Garb. En efecto, Arusi era el jefe de la banda y así lo reconocieron otros muchos. Presentábase en las aldeas y en los aduares, de noche y de día, disfrazado de soldado, de cadí, de judío,

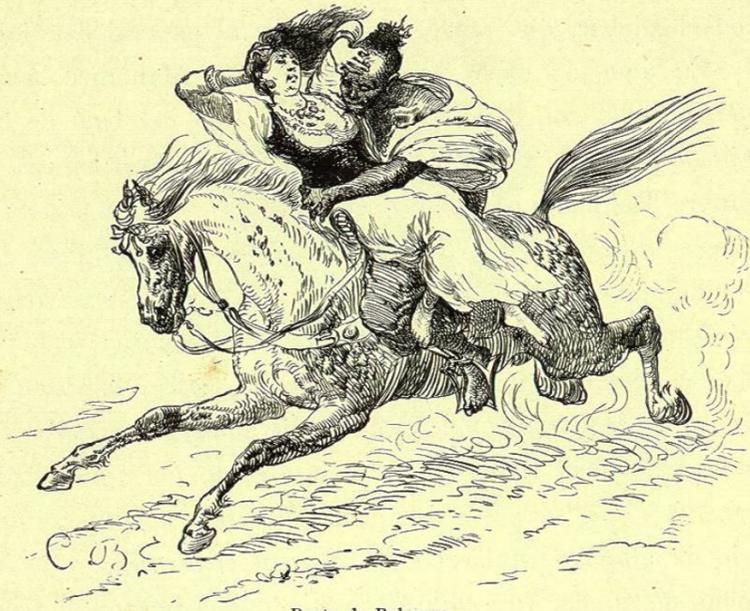
de cristiano, de mujer, de ulema: mataba, robaba, desaparecía, perseguido siempre, nunca alcanzado, presentándose siempre de improviso, siempre bajo un nuevo disfraz; caprichoso, feroz, infatigable, sin que se apartara un solo punto de las cercanías de la ciudadela El-Mamora, sin que nadie lograra darse razón de ello. Y la razón, sin embargo, consistía, en que por aquel tiempo era gobernador de dicha fortaleza, el jefe Sid-Mahomed Abd-el-Djebar, que entregara á Arusi al general del Sultán.

En aquellos días, precisamente, Sid-Mahomed Abd-el-Djebar había concedido por esposa al hijo del bajá de Salé, llamado Sid-Alí, á una hija suya de maravillosa belleza, por nombre Rahmana. Habíanse celebrado con gran pompa los festejos nupciales en presencia de los jóvenes más ricos de la provincia, que armados, á caballo, y vistiendo sus mejores trajes, acudieron á la ciudadela de El-Mamora, y Sid-Alí debía conducir á Salé, á la casa de su padre, la joven con la cual se desposara. Era ya de noche cuando salió el cortejo de la ciudadela. Debía pasar precisamente por una estrecha garganta, que se abría en medio de una no interrumpida serie de alturillas cubiertas de espesos matorrales y de una cadena de dunas. Precedía al cortejo una avanzada de treinta jinetes: marchaba en pos de éstos la bella Rahmana, montada en una mula, entre su esposo y un su hermano, y por último marchaba su padre, seguido de inmensa muchedumbre de parientes y amigos. En esta disposición penetraron en la garganta. La noche era tranquila: el esposo oprimía entre las suyas una de las manos de su amada: el anciano cadí se atusaba la barba: todos estaban rebotando júbilo y satisfacción.

De repente rompió el solemne silencio de la noche una voz penetrante que dijo:

—¡Sid-Mahomed Abd-el-Djebar, Arusi te saluda!

Á cuya voz sucedió el espantoso fragor producido por la detonación de treinta armas de fuego. Caballos, soldados, parientes, amigos, todos quedaron aterrados. Unos yacían por el suelo ó muertos ó heridos; otros emprendían la fuga; y antes de que el cadí y Sid-Alí, que estaban ilesos, hubieran



Rapto de Rahmana

vuelto de su sorpresa, un hombre, una furia, un demonio del infierno, Arusi, en fin, precipitándose por la pendiente de la colina, apoderóse de Rahmana, colocóla en el arzón delantero del brioso corcel que montaba, y á todo el correr del mismo emprendió el camino hacia la selva de Mamora.

El cadí y Sid-Alí, hombres decididos si los hay, en lugar de abandonarse á una desesperación que de nada les habría aprovechado, hicieron juramento solemne de no raparse la cabeza, en tanto no hubiesen tomado espantosa y ejemplar

venganza. Solicitaron y obtuvieron tropas del Sultán, y comenzaron á perseguir á Arusi, que con sus gentes habíase refugiado en la intrincada selva. Fué aquella una lucha continuada sin tregua ni descanso, en la cual las sorpresas, las emboscadas, los golpes de mano, los ataques imprevistos, la astucia y las estratagemas no se daban vagar, y que día tras día, pero sólo al cabo de un año, dieron por resultado reducir la mermada gavilla á lo más fragoso del bosque. Los secuaces de Arusi estaban cercados, y el cerco se estrechaba por momentos. De ellos unos habían sucumbido al hambre y á las privaciones, otros habían perecido en los combates, algunos habían desertado. El cadí y Alí, próximos á ver logrados sus más fervientes deseos, lejos de cejar en su intento, redoblaban sus esfuerzos: no dormían de día ni de noche: sólo respiraban venganza y exterminio. Mas á todo esto no habían logrado adquirir noticia alguna de Arusi ni de Rahmana. Éste decía que habían sucumbido al hambre; sostenía aquél que habían logrado escapar; quién opinaba que el bandido, después de haber dado muerte á la esposa, habíase suicidado; y Sid-Alí y el cadí comenzaban á desesperar, pues cuanto más se internaban en el bosque, tanto mayores eran los inconvenientes con que habían de luchar, pues los árboles eran tan espesos y tan frondosos y apretados los matorrales, unos con otros entrelazados, que ni los perros, cuando menos los caballos, lograban abrirse paso. Un día en que, desesperanzados y silenciosos, recorrían la selva suegro y yerno, llegóse á ellos jadeante un árabe que les anunció haber visto á Arusi oculto entre unos juncos, cabe la orilla de un río situado en el opuesto extremo del bosque. El cadí reunió precipitadamente á los suyos, distribuyólos en dos grupos, y dispuso que uno por la derecha y otro por la izquierda, marcharan en direc-

ción al río. Después de una larga caminata, el cadí distinguió el primero, levantarse de entre los juncos un fantasma, un hombre de elevada estatura y de terrible aspecto, que no era otro que el odiado Arusi. Á la carrera se lanzan todos hacia aquel punto, llegan, giran, buscan de uno y otro lado; mas en vano, Arusi había desaparecido. Hallábanse junto á la orilla.—¡Ha vadeado el río!—dice el cadí; y todos penetran en él y ganan la orilla opuesta. En ella veíanse impresas huellas recientes: lánzase sobre las huellas, pero á corta distancia desaparecen por completo.—Se ha echado de nuevo al río,—grita el cadí,—y habrá salido de él mucho más abajo.—Y en seguida los jinetes se lanzan al galope á lo largo de la orilla. Al propio tiempo la atención del cadí se fija en sus tres perros, que parados junto á una mata de juncos, olfatean cual si siguieran un rastro. Acude el primero Sid-Alí, y junto á la mata de juncos observa un ancho foso, en cuyo fondo se descubren algunos pequeños agujeros. Salta en el foso, introduce su espingarda por uno de los agujeros, encuentra resistencia, dispara, llama al cadí, acuden los soldados, miran por todas partes, buscan, y al fin descubren una pequeña abertura redonda abierta á flor de agua en la orilla cortada á pico de aquella parte. Arusi debía haber penetrado en su subterráneo por aquella abertura.—Cavemos,—dice el cadí.—Los soldados corren á buscar picos y azadones á los aduares vecinos: vuelven, trabajan, rompen una especie de bóveda, formada de tierra, y descubren una cueva...

En el fondo de ella veíase á Arusi de pie, inmóvil, pálido como un cadáver, con los brazos caídos.

Cogiéronlo sin que opusiera la menor resistencia; sacáronle de la cueva y entonces pudieron ver que tenía saltado

el ojo izquierdo. Lo ataron, lo condujeron á una tienda, lo tendieron sobre el suelo, y Sid-Alí, para comenzar su venganza, fuéle cortando uno á uno con su propio puñal, los dedos de los pies, y arrojándoselos al rostro. Hecho esto dejólo guardado por seis soldados, y se retiró á otra tienda para acordar con el cadí los tormentos á que le someterían antes de cortarle la cabeza. La discusión duró largo rato, pues porfiaban en competencia, quién imaginaba más dolorosas torturas: ningún suplicio les satisfacía, por más que todos los que proponían eran horriblos á cual más. A todo esto había llegado la noche sin que hubiesen logrado ponerse de acuerdo, por cuyo motivo aplazaron la resolución para la mañana siguiente.

Transcurrida una hora, el cadí y Alí estaban entregados al descanso, cada cual en su tienda respectiva: la noche era oscurísima, las brisas dormían, no se movía una hoja, sólo turbaba el silencio el murmurio del río cercano, y el respirar de los que bajo las tiendas estaban entregados al sueño.

De repente rompió el solemne silencio de la noche una voz penetrante que dijo:

—¡Sid-Mohamed Abd-el-Djebar, Arusi te saluda!

El anciano cadí se incorporó mudo de espanto, y pudo oír la precipitada carrera de un caballo que se alejaba. Llama á los soldados que acuden en el acto, y grita fuera de sí:

—¡Mi caballo! ¡Mi caballo!

Corren en su busca; mas el caballo, que era el corcel más soberbio del Garb, había desaparecido. Penetran en la tienda de Sid-Alí y le encuentran exánime, tendido en el suelo, con un puñal clavado en el ojo izquierdo. El cadí prorrumpe en amargo llanto: los soldados se lanzan en pos del fugitivo. Lo ven á lo lejos; pero inmediatamente le pierden

de vista cual sombra que se desvanece: vuelven á divisarlo; pero corre como el rayo y desaparece de nuevo y esta vez para no volver á aparecer. Sin embargo prosiguen la persecución durante el resto de la noche, hasta que llegan á un bosque intrincadísimo ante el cual se detienen aguardando la luz del nuevo día. En cuanto amanece, distinguen á lo lejos el caballo del cadí, que se dirige á su encuentro, enervado, chorreando sangre y relinchando tristemente. Presumiendo que Arusi ha de hallarse en el bosque sueltan los perros y adelantan con las armas preparadas. Al cabo de pocos instantes descubren una casucha medio arruinada y oculta entre la maleza. Los canes echan á correr y se detienen junto á ella: los soldados les siguen de puntillas: llegan á la puerta, disparan las armas... y las sueltan dejando escapar un grito de horror. En medio de aquellas cuatro paredes veíase tendido en el suelo el cadáver de Arusi, y á su lado, ricamente vestida y suelta la abundante cabellera, una mujer hermosísima, que sollozando, riendo, murmurando con voz infantil palabras de amor y desesperación, vendaba los pies ensangrentados del cadáver. Era Rahmana. Condujéronla á la casa de su padre. Allí permaneció tres días sin desplegar los labios ni derramar una lágrima, al cabo de los cuales desapareció. Pasado algún tiempo y después de prolijas pesquisas la encontraron entre las ruinas de la casa del bosque, que arañaba el suelo llamando á Arusi. Nadie pudo arrancarla de aquel sitio. Dios, como dicen los árabes, había llamado á sí su corazón, y era una santa.

Si vive aún, cosa es que se ignora. No hace veinte años vivía y tuvo ocasión de verla, durante su viaje, el señor Narciso Cotte, empleado en el consulado de Francia, en Tánger, que ha referido esta historia.

*
*
*

Al presente no hay en Fez rincón alguno que nos sea desconocido. Y sin embargo, siempre se nos figura que acabamos de llegar: tanta es la diversidad de aspectos que ofrece ese inmenso y grandioso cuadro de murallas, puertas, torres y ruinas; hasta tal punto influye cada una de estas cosas, para que se avive de uno á otro instante el sentimiento de nuestra soledad; tan difícil nos es acostumbrarnos á ser objeto de la curiosidad universal. Y esta curiosidad no ha desaparecido aún, con todo y no existir en Fez uno solo de sus habitantes que no nos haya visto y revisto. En cambio la desconfianza que les inspirábamos ha desaparecido, y ha menguado, según parece, la antipatía que por nosotros sentían; pues los chiquillos se nos acercan y aun palpan nuestros vestidos, cual si quisieran comprender de qué están formados; las mujeres nos contemplan con mirada recelosa, pero sin retroceder al vernos desde lejos; las maldiciones son de cada vez más raras; los soldados no se ven en la necesidad de hacer uso de sus varas, y todo hace esperar que el puñetazo que le alcanzó á Ussi, habrá sido el primero y aun el único del cual pueda hablar á mi regreso. Aun cuando no podemos dar un paso por la ciudad sin vernos rodeados tenazmente de numerosa turba de curiosos, presumo que podríamos salir solos y sin escolta, sin temor de que nos jugaran una mala pasada. Según nos dicen los soldados de la embajada, el pueblo, dejándose llevar, ó mejor, obediendo la costumbre morisca, nos ha puesto á cada uno de nosotros un apodo ó sobrenombre por el cual nos distingue. Al médico le llaman *el hombre de los espejuelos*; al vicecón-